

El autor del

EL TIRO DE GRACIA

Premio de Teatro Ciudad de Olot 1968

En este país, en este país literario, en el que tantos ciudadanos escriben "de oído", o acechando con el rabillo del ojo las cuartillas del prójimo, Emilio Granero es, para empezar, un raro ejemplar de tenacidad y de autenticidad. Con su mujer y con sus hijas, ganándose honradamente la vida o la muerte y ganándole horas a la noche, como quien le gana espacio al mar, Emilio Granero, mi paisano, es, con su apariencia casi burguesa, con el balcón de su casa lleno de macetas y los muebles de su casa alegres de labores de ganchillo, un hombre de teatro, todo un hombre de teatro. Del hombre de teatro, en fin, tenemos una degenerada y barriguda impresión primera hecha de humazo de cafés y puros y de olorcillo de entre bastidores; una lamentable imagen, casi, de tratante. Emilio Granero es, esencialmente, un hombre de teatro, porque es, esencialmente, un fabulador, un ser que llega a las cuartillas como a un país y, cual un patriarca bíblico, lo puebla y crea dinastías de amor y de dolor, de cólera y de llanto. Con la idea, con el sentimiento, con la nostalgia, le nacen criaturas, se le salen por los bolsillos: de ahí la extraña fascinación de su conversación. Pero es, además, un hombre profundamente conocedor de su oficio, que sabe, como el T. S. Elliot de "Four Quartets", que "el tiempo presente y el tiempo pasado están tal vez ambos presentes en el tiempo futuro, y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado". No perdona la carnicería perpetrada en la biblioteca de Alejandría con los venerables textos helénicos, pero con lo que quedó se arregla, y asiste, en las páginas de la "Odisea", entre el humo de la misteriosa hoguera, a la leve y fugitiva aparición de los rostros de los muertos. No utiliza, quiero decir, y reconocería, así y todo, su legitimidad, los textos originales del teatro beatamente, sino porque sabe que en ellos está ya el viento que mueve las pasiones de todos los tiempos. En los textos, en la geografía literaria de Homero o de Esquilo, halla lugares para su recreo dominical, santuarios donde descansar y meditar a la sombra de los olivos y los algarrobos. No desdeña el teatro que se hace, sino que va derechamente a sus fuentes más remotas y más puras, quise decir.

"El tiro de gracia", es una de sus obras que me ha permitido leer—porque frente a la desvergonzada capacidad de "strip-teasse" habitual en el escritor, Emilio Granero tiene un extraordinario pudor profesional—es una hermosa obra. Rectifico: es una admirable barbaridad escénica. Granero, hombre de secano, maneja un idioma sobrio y con frecuencia duro, capaz, no obstante, de extenderse en un extraño lirismo. Granero, hombre de secano, compone a palo seco su obra. Ho-

roriza a veces, por su elemental simplicidad, y sobrecoige, en general, por su extraordinaria capacidad para asimilar, a lo largo de una pieza escénica, siglos, llantos y furias. "El tiempo futuro contenido en el tiempo pasado..." Una hoguera, una asunción de todos los tiempos de todas las pasiones, arrebatada a estas criaturas, que un instante aparecen y se extinguen, como los rostros de humo que mirar Ulises. Hay mucho dolor aquí, hay mucha pasión y mucha desgraciada experiencia: la desgraciada experiencia de quien vive y se entera, de quien vivió y lo sabe. Porque Emilio Granero está en el centro del torbellino, está—y también lo sabe—metido en su tiempo: él sufre el teatro del mundo desde el mismo escenario en que se libra, no desde la butaca.

Caigo de pronto en la cueita de que estoy refiriéndome a una obra de teatro, y que no es lo común plantearse estas cuestiones, que exceden, con mucho, el breve margen de un par de cuartillas, al presentar una obra de teatro. Ni estoy seguro plenamente de que esto sea una obra de teatro. Es, quizás, el testimonio, el acta de una barbaridad—vuelvo a decirlo—levantada, por razones de conciencia cívica, por un hombre honrado, padre de familia que sabe a cuánto se obliga, dentro de la comunidad a que pertenece, el número, por ejemplo, de su tarjeta de Identidad.

Hubiera querido referirme a los cuatro hachazos con que, verbalmente, en la acción, tallá en madera—también la madera es mortal—a sus personajes, y a la extraordinaria riqueza de idioma que maneja. Hubiera querido decir, en fin, que supongo a Emilio Granero en mangas de camisa, arremangado, mientras escribe. Una tremenda humanidad, una amargura invicta, una esperanza púdica, animan a estas criaturas. Emilio Granero, de talante pacífico, en su modesto pisito de Manises, llevando adelante a su familia como Dios le dio a entender, es, esencialmente, un hombre de teatro. Quiero decir: un fabulador. Bueno, un creador. Creo que a veces se encoleriza con sus hijos escénicos y les da las palizas retóricas que es incapaz de dar a los hijos de su carne. Lo veo, al frente del "dramatis personae", como un atroz y tierno patriarca bíblico. "El tiro de gracia", chorreando una inocencia que se sale por debajo de las puertas y rebota y cae en todos los peldaños del mundo, es—perdón por la aparente petulancia—una obra importante, una obra muy importante.

VICENTE ANDRÉS ESTELLES

Premio Valencia de literatura
Subdirector del diario "Las Provincias"